

Sumario

En nuestra realidad eclesial, son muchos los bautizados que viven como si no lo fueran, es decir, sus vidas, su proyecto vital no es orientado por el Evangelio. Esto se da con frecuencia por un desconocimiento de la Verdad sobre Jesucristo, y de las verdades fundamentales de la fe. Esto plantea el desafío de una preparación de un catecumenado post-bautismal, abierto a bautizados y no-bautizados que tienen en común el carecer de iniciación cristiana.

Catequesis de iniciación y permanente en adultos

Hno. Enrique García Ahumada, F.S.C.

Doctor en Teología, Subdirector del Instituto Superior de Pastoral Catequética de Chile "Catecheticum", experto del DECAT, miembro de SCALA, Sociedad de Catequetas Latinoamericanas.

El presente estudio tiene el encargo de exponer tres cosas para iluminar tareas en el futuro próximo de la catequesis en nuestra región latinoamericana y caribeña:

1. A qué adulto quiere llegar la catequesis en nuestra región;
2. El proceso hacia una catequesis de estructura catecumenal;
3. A qué debe apuntar una catequesis permanente.

1. A qué adulto quiere llegar nuestra catequesis

Para saber a qué adultos quieren los obispos de América Latina y el Caribe alcanzar con el Evangelio, basta percatarse de sus preocupaciones. Su diagnóstico de la realidad religiosa realizado en 1992 en Santo Domingo detecta “muchos bautizados en América Latina que no dieron su adhesión personal a Jesucristo por la conversión primera”¹. En consecuencia:

Numerosos bautizados no orientan sus vida según el Evangelio. Muchos de ellos se apartan de la Iglesia o no se identifican con ella. Entre éstos, aunque no exclusivamente, hay muchos jóvenes y personas más críticas de la acción de la Iglesia. Hay otros que, habiendo emigrado de sus regiones de origen, se desarraigan de su ambiente religioso (DSD 130).

Al mirar a los propios participantes de la Iglesia observan: “Muchos de nuestros fieles no son capaces de comunicar a los demás la alegría de su fe” (DSD 132).

458

¹ IV CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO. *Nueva evangelización, promoción humana, cultura cristiana. “Jesucristo ayer, hoy y siempre”*. Santafé de Bogotá, CELAM, 1992. Se abrevia: DSD.

Identifican una causa:

Entre nuestros mismos católicos el desconocimiento de la verdad sobre Jesucristo y de las verdades fundamentales de la fe es un hecho muy frecuente y, en algunos casos, esa ignorancia va unida a una pérdida del sentido del pecado. Frecuentemente la religiosidad popular, a pesar de sus inmensos valores, no está purificada de elementos ajenos a la auténtica fe cristiana ni lleva siempre a la adhesión personal a Cristo muerto y resucitado (DSD 39).

En el entorno humano otrora marcado por la fe cristiana y sus valores morales, verifican:

Se observa en nuestra realidad social el creciente desajuste ético-moral, en especial la deformación de la conciencia, la ética permisiva y una sensible baja del sentido del pecado. decrece el influjo de la fe, se pierde el valor religioso, se desconoce a Dios como sumo bien y último juez. Disminuye la práctica del sacramento de la reconciliación (DSD 232).

Hacen constar el descenso de la fe en los bautizados y el aumento de la increencia ambiental:

El fenómeno de la no creencia crece hoy en América Latina y el Caribe y preocupa a la Iglesia sobre todo por aquellos que viven como si no fueran bautizados (cf: EN 56).

Una modalidad es el secularismo que niega a Dios, o porque sostiene que todas las realidades se explican por sí solas sin recurrir a Dios, o porque se considera a Dios enemigo, alienante del hombre. Esta posición secularista se debe distinguir del proceso llamado 'secularización', el cual sostiene legítimamente que las realidades materiales de la naturaleza y del hombre son en sí buenas y sus leyes deben ser respetadas, y que la libertad es para la auto-realización humana y es respetada por Dios (cf. GS 36).

Lo otro es el 'indiferentismo' de aquellos, que o rechazan toda religión porque la consideran inútil o nociva para

la vida humana y por eso no les interesa, o bien sostienen que todas las religiones son equivalentes y por tanto ninguna puede presentarse como única verdadera (DSD 153).

Al acoger el llamado de Juan Pablo II a una Nueva Evangelización, sitúan tal proyecto apostólico en la situación global del hombre y la mujer de hoy en nuestra región:

La Nueva Evangelización surge en América Latina como respuesta a los problemas que presenta la realidad de un continente en el cual se da un divorcio entre fe y vida hasta producir clamorosas situaciones de injusticia, desigualdad social y violencia (DSD 24).

Además de la situación socioeconómica, describen el estado religioso-cultural de nuestros conterráneos:

La Nueva Evangelización...ha de tener en cuenta la urbanización, la pobreza y la marginación. Nuestra situación está marcada por el materialismo, la cultura de muerte, la invasión de las sectas y propuestas religiosas de distintos orígenes. Esta situación nueva trae consigo también nuevos valores, el ansia de solidaridad, de justicia, la búsqueda religiosa y la superación de ideologías totalizantes (DSD 26).

Denuncian el pecado como la causa de la cultura de muerte y describen sus manifestaciones, muy conocidas en nuestros países, las cuales condicionan la situación religiosa de nuestros interlocutores:

El hombre creado bueno, a imagen del mismo Dios, señor responsable de la creación, al pecar ha quedado enemistado con Él, dividido en sí mismo, ha roto la solidaridad con el prójimo y destruido la armonía de la naturaleza. Así reconocemos el origen de los males individuales y colectivos que lamentamos en América Latina: las guerras, el terrorismo, la droga, la miseria, las opresiones e injusticias, la mentira institucionalizada, la marginación de grupos étnicos, la corrupción, los ataques a la familia, el abandono de los niños y ancianos, las campañas contra la vida, el aborto, la instrumentalización

de la mujer, la depredación del medio ambiente, en fin, todo lo que caracteriza una cultura de muerte (DSD 9).

Con esto queda suficientemente descrito el adulto situado en nuestra región al cual la Iglesia quiere iniciar en la fe cristiana. Corresponde ahora reflexionar en qué consiste una catequesis de corte catecumenal.

2. El proceso hacia una catequesis de estructura catecumenal

El catecumenado es una preparación al bautismo de adultos. No es correcto hablar propiamente de un catecumenado postbautismal, como hace algún documento oficial². Nuestros obispos desde la Conferencia de Medellín proponen una evangelización de bautizados³. Interesa identificar los componentes de una catequesis de iniciación, que pueda considerarse no propiamente catecumenado sino de estructura catecumenal. Sus características están descritas por el Concilio cuando manda:

Restáurese el catecumenado de adultos, dividido en distintas etapas, cuya práctica dependerá del juicio del Ordinario del lugar; de esa manera, el tiempo del catecumenado establecido para la conveniente instrucción, podrá ser santificado con los sagrados ritos que se celebrarán en tiempos sucesivos (SC 64).

Un adulto ingresa al catecumenado después de aceptar el Evangelio por un acto de fe inicial, en respuesta a un primer anuncio

² *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1231. Se abrevia en los documentos oficiales CEC (*Catéchisme de l'Église Catholique* por su texto original, o *Catechismus Ecclesiae Catholicae* por su edición típica), aunque también se usa llamarlo en castellano CatIC, para no poner CIC, sigla ya recibida para el Codex Iuris Canonici, Código de Derecho Canónico.

³ II CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO. *La Iglesia en la actual transformación de América Latina a la luz del Concilio*. Bogotá, CELAM. 1968. Abreviamos estos documentos de la Conferencia de Medellín: DM, cuyo Documento 8 se refiere a Catequesis. Aquí: DM 8, 9.

global del mensaje cristiano o kerigma. Para que la propuesta del Evangelio pueda ser aceptada por los adultos se requiere un encaminamiento previo llamado a comienzos del siglo IV por Eusebio de Cesarea⁴ preparación evangélica (LG 16; AG 3a).

En 1997 el Directorio General para la Catequesis (DGC), en sintonía con la declaración de la conferencia de Medellín recientemente citada, sintetizó la doctrina conciliar y postconciliar sobre la iniciación cristiana, y declaró: “La renovación catequética debe cimentarse sobre esta evangelización misionera previa” (DGC 62b). Además, describe el proceso de la evangelización de personas:

El proceso evangelizador (cf EN 24), por consiguiente, está estructurado en etapas o ‘momentos esenciales’ (CT 18): la acción misionera para los no creyentes y para los que viven en la indiferencia religiosa; la acción catequético-iniciatoria para los que optan por el Evangelio y para los que necesitan completar o reestructurar su iniciación; y la acción pastoral para los fieles cristianos ya maduros, en el seno de la comunidad cristiana (cf AG 6f; RM 33 y 48) (DGC 49).

2.1 La preparación evangélica

La arada del terreno antes de la siembra de la Palabra es necesaria no sólo para los no creyentes extraños a la Iglesia, sino también para una alta proporción de adultos bautizados. Muchos católicos recibieron el bautismo cuando niños por la costumbre de sus padres de seguir la tradición religiosa de su ambiente. Ese paso muchas veces no proviene tanto de una fe tal como se describe en el Nuevo Testamento, cuanto de creencias mágicas de sus padres (“para que no se enferme”, “para que no le dañen los maleficios”).

La preparación evangélica tiene dos clases de actores: la familia que va a celebrar el bautismo de uno de sus miembros niño o

⁴ EUSEBIO DE CESAREA. *Praeparatio evangelica*. Col. Sources Chrétiennes, 206, 6. El tema está ya sin ese nombre en San Ireneo y en Clemente de Alejandría (ver AG 3, nota 8).

adulto y la comunidad que lo acoge entre los discípulos del Señor Jesucristo. La Iglesia ha de preparar a los acogedores y a los acogidos.

Según el documento misiológico del Concilio, el primer paso en la obra misionera, que consiste en “manifestar y comunicar la caridad de Dios a todos los hombres y pueblos” (AG 10) es por una parte el testimonio cristiano de caridad y por otra el diálogo (AG 11-12).

El primer acto misionero de la Iglesia es su caridad y misericordia manifestada en sus acciones y declaraciones frente a las preocupaciones públicas. El principal testimonio de la caridad cristiana que han de percibir los participantes de un proceso de iniciación es el clima fraterno de acogida desde el primer encuentro de grupo, que es decisivo, en el cual los catequistas han de ser especialistas. Los recién llegados han de saber y sentir que por tratarse de un grupo cristiano, habrá la confianza y solidaridad suficiente para desarrollar una amistad cálida y desinteresada, incluyendo ayuda mutua con discreción y sencillez cada vez que se necesite.

Además de esta indispensable calidad afectiva, se precisa un aprendizaje cognoscitivo relevante. El contenido principal de esta etapa, atestiguado por los maestros de la iniciación a la fe es despertar mediante el diálogo las grandes interrogantes acerca del ser humano y su vida en el mundo, como preámbulo a una catequesis de adultos.

Sobre este diálogo anterior al anuncio cristiano, dice el Concilio:

Como el mismo Cristo escudriñó el corazón de los hombres y los llevó con un coloquio verdaderamente humano a la luz divina, así sus discípulos, inundados profundamente por el Espíritu de Cristo, deben conocer a los hombres entre los que viven y conversar con ellos para advertir en diálogo sincero y paciente las riquezas que Dios, generoso, ha distribuido a las gentes, y al mismo tiempo han de esforzarse por examinar estas riquezas con la luz evangélica, liberarlas y reducirlas al dominio del Dios Salvador (AG 11).

463

Es interesante ver cómo el Concilio llama a reconocer la acción de Dios en cada persona, anterior a la de los misioneros. La interpretación humana de esa experiencia interior muchas veces se presta

a errores, por lo cual es importante el diálogo aclaratorio y profundizador. Los cristianos en su diálogo con quienes no viven su misma fe han de orientarles el interés hacia el Dios único y hacia la buena noticia que es Jesús el Mesías. Esta primera etapa absoluta del proceso misionero se propone despertar el interés por el Evangelio. Así la describe el Directorio General para la Catequesis:

El primer momento se produce cuando en el corazón del no creyente, del indiferente o del que pertenece a otra religión, brota, como consecuencia del primer anuncio, un interés por el Evangelio, sin ser todavía una decisión firme. Ese primer movimiento del espíritu humano en dirección a la fe, que ya es fruto de la gracia, recibe varios nombres: 'atracción a la fe'⁵, 'preparación evangélica' (LG 16; AG 3a), 'inclinación a creer', 'búsqueda religiosa' (ChL 4c). La Iglesia denomina 'simpatizantes' (RICA 12; 111) a los que muestran esta inquietud (DGC 56).

Este texto aclara un punto que el Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos sugirió al hablar de “tiempo de la investigación y de la maduración” (RICA 6) sin definirlo ni asignar un rol a la Iglesia, aunque afirma que el precathecumenado es “distinto de una primera evangelización” (RICA 7), porque no distinguió en el precathecumenado la preparación evangélica como previa al kerigma.

Mucho antes de Clemente de Alejandría en el siglo III en su “Protréptico”, llamado también “Exhortación a los Griegos”, o de los filósofos San Justino de Naplusa y Panteno de Sicilia en sus escritos apologeticos al servicio de los catequistas del siglo II en Roma y en Alejandría respectivamente, que proponen un preámbulo a la fe, el pensador israelita Qohelet en el Eclesiastés planteó varias cuestiones antropológicas propias del pensamiento adulto. Lo hizo con pesimismo y bastante perplejidad, por no conocer todavía la revelación de Jesucristo; pero abrió un temario que se puede conversar con los simpatizantes de Jesús en lenguaje actual y además penetrado de esperanza. Son temas idóneos para la preparación evangélica:

464

⁵ SAGRADA CONGREGACIÓN PARA EL CULTO DIVINO. *Ritual de la Iniciación Cristiana de Adultos*. 1972. Se abrevia en latín OICA, en castellano, RICA.

- El significado de la presencia humana en el mundo (Qo 6, 12; 7, 15.23-24);
- el sentido de la vida y de la muerte (Qo 7, 8; 8, 10-17; 9, 1-12);
- la validez de la creatividad cultural (Qo 2, 4-23);
- los anhelos humanos de verdad, belleza, justicia, libertad y fraternidad (Qo 4, 1-4);
- la vanidad de la acumulación y consumo de bienes materiales (Qo 5, 10-17; 6, 7);
- la aporía de la distinción entre el bien y el mal moral y la simple legalidad o ilegalidad civil (Qo 3, 16-21; 5, 8-9; 8, 2-4.9);
- un primer anuncio del Dios de la religión natural como creador (Qo 11, 5);
- la concepción de Dios como compañía invisible de toda persona (Qo 2, 24-26);
- la valoración por Dios de lo bueno que hacen la mayoría del tiempo las personas, y su condición de juez final (Qo 11, 9; 12, 6s.14).

También se puede tomar en cuenta la hermandad universal que origina Dios al ser considerado como Padre por distintas religiones desde unos tres milenios antes de Cristo, e incluir en esta etapa otros aportes de la reflexión autónoma de los adultos..

El propósito de esta etapa de preparación al Evangelio es ahondar sus inquietudes espirituales hasta hacer descubrir que lo religioso no es un aspecto secundario ni parcial de la vida, como pueden serlo las prácticas populares y masivas de piedad, sino su centro unificador, por ser Dios el sentido de todo. Este *preámbulo a la fe* sirve de punto de apoyo humano al anuncio evangélico, que se presentará como respuesta a las búsquedas básicas del adulto, a veces inexpresadas pero que conviene hacer cada vez más conscientes. Así podrán sentir que el misterio de Cristo “colma todas sus exigencias espirituales, más aún, las colma infinitamente” (AG 13).

2.2 El kerigma cristiano

Después de la preparación evangélica viene el kerigma o anuncio global de Jesucristo salvador del pecado, que llama a una vida nueva en coherencia con la relación con Dios. Como se ha dicho, estas dos primeras etapas del programa constituyen el precatecumenado.

Conviene reflexionar ciertas características que ha de tener el kerigma cristiano. Las verdades que mueven a ser cristianos son las que la Iglesia pregona a todo el mundo. Ese pregón o kerigma se expresa en el Credo, que resume el contenido de la Biblia. Pero nadie se entusiasma con que le reciten en forma rutinaria ese Credo, por muy solemne que sea la forma. Es mejor compartirlo, no necesariamente de una vez, sino preferentemente en varias sesiones sucesivas, con las propias palabras, surgidas de la meditación personal de ciertos pasajes bíblicos iluminadores básicos que dan sabiduría para vivir como cristianos.

Los hermanos evangélicos tienen bastante éxito en incorporar personas en sus Iglesias mediante sesiones con testimonios de conversión, lo cual también hacen algunos grupos católicos y parroquias. Sin embargo, al confrontarlos con la predicación testimonial de Pedro, Pablo, Esteban, Felipe y otros en los Hechos de los Apóstoles, reconocen la escasez de contenido bíblico de la mayoría de esos testimonios, por otra parte muy eficaces para suscitar adhesión al grupo por su autenticidad y carga emotiva. No es lo mismo realizar un cambio moral al sentirse cálidamente apoyado a hacerlo, como hacen los Alcohólicos Anónimos y ciertos grupos actuales para rehabilitar drogadictos o ex-presidarios, que convertirse en discípulo de Jesucristo, lo cual es la meta de la misión de la Iglesia (Mt 28, 19s).

La etapa kerigmática cristiana requiere un contenido bíblico, que las personas llamadas a dar testimonio en la catequesis de iniciación deben tener bien meditado en relación con su experiencia transformante. El anuncio bíblico es tanto más convincente y satisfactorio para quien lo proclama y para sus auditores, cuanto más responde a necesidades humanas profundas. Dice el Directorio:

En la primera evangelización, propia del precatecumenado o de la precatequesis, el anuncio del Evangelio se hará siempre en íntima conexión con la naturaleza humana y sus aspiraciones, mostrando cómo satisface plenamente al corazón humano (DGC 117b).

Se les pueden proponer para su contemplación los siguientes textos, además de otros que eventualmente han influido en su cambio personal:

- Jn 3, 16: Dios por amor nos ofrece mediante Jesucristo una vida eternamente feliz.
- Jn 1, 1-4: Dios nos ha dado la vida mediante su palabra creadora, luz de la humanidad.
- Mt 1, 18-25: Dios Hijo se hizo hombre y nació de María por obra del Espíritu Santo.
- Jn 1, 9-14: El Hijo de Dios nos ha regalado el don o gracia de ser también hijos de Dios.
- 1 Jn 4, 7-11: La vida cristiana consiste en amar por agradecimiento a Dios, que nos mostró su inmenso amor al enviarnos a Jesucristo.
- Mt 25, 31-45: Quienes sirven al necesitado pueden llegar a la vida eterna aunque no conozcan a Jesús ni su evangelio, pero los que niegan amor al prójimo se cierran a Dios.
- Mc 1, 14s: Dios reina en nosotros si aceptamos el Evangelio de Jesucristo.
- Ga 2, 19b-20: Tener fe en Jesús consiste en dejar que él viva en nosotros aunque tengamos que morir a muchas cosas, y principalmente al pecado.
- 1 Co 15, 12-28: El testimonio de quienes vieron a Jesús resucitado garantiza que estamos llamados a resucitar para estar con Dios para siempre.
- Ga 5, 22s: El Espíritu de Jesucristo en nosotros nos llena de amor, alegría y libertad.

Cada catequista suele poseer su propia colección de pasajes preferidos, alusivos a distintas afirmaciones del Credo, que espontáneamente cita aunque no sea en forma textual, cuando quiere explicar en qué cree. Los cuatro evangelistas y Pablo en sus cartas anuncian el mismo evangelio, con lenguajes bastante diferentes.

En síntesis, el kerigma cristiano incluye tres condiciones humanas indispensables: una expresión testimonial entusiasta y sincera, un fondo o contenido trinitario y cristocéntrico estrechamente vinculado al Credo, sin lo cual no es un llamado a la fe cristiana, y una interpelación al cambio de vida implicado en el seguimiento de Jesús. La afectividad, la inteligencia y la voluntad están necesariamente implicadas, sin lo cual no hay kerigma cristiano. Se requiere también una condición divina, que es apelar a la gracia del Espíritu Santo, único autor de una conversión. El kerigma no es una manipulación

sicológica, sino un acontecimiento apostólico cuyo manantial, modo y meta dependen de Dios.

Las sesiones de la etapa del kerigma inicial incluyen un llamado a la conversión., que tiene un carácter inicial, pero ineludible. Las personas deben en algún momento aceptar libremente el ingreso a la etapa siguiente, para lo cual han de manifestar el propósito de cambiar de vida procurando guiarse por el Evangelio.

La tradición establece para este momento un “escrutinio” de las motivaciones para el paso al catecumenado⁶. Los catequistas son los encargados de promover las motivaciones adecuadas y de examinar si existen, si falta mayor preparación y cómo proporcionarla - por ejemplo, con algún retiro espiritual - o si es mejor postergar el acceso a la etapa catecumenal.

La aceptación por los candidatos y por la comunidad eclesial se puede manifestar con algún signo litúrgico, tal como la signación de la frente o la imposición de las manos en presencia de la comunidad, que se usaron en algunas Iglesias en la Antigüedad, después que los aspirantes han manifestado su compromiso personal. La Iglesia puede crear otros signos, tales como el abrazo brindado por la comunidad acogedora mientras avanza la procesión de los aceptados al catecumenado, la entrega de alguna insignia o de algún devocionario sencillo, de un rosario, de un tríptico para orar en la propia habitación o de un manual de espiritualidad laical apropiado para principiantes.

2.3 Una catequesis de estructura catecumenal

La etapa de estructura catecumenal, abierta a bautizados y no bautizados que tienen en común el carecer de iniciación cristiana, se describe así en el Concilio:

468

⁶ HIPÓLITO DE ROMA. *La tradición apostólica*. Buenos Aires, Lumen, 1981 (215). Asunto retomado en las “Constituciones Apostólicas” recopiladas en Siria hacia el año 380 (PG 1, 1132) y por el obispo Nicetas de Remesiana, *Catecumenado de adultos*, Madrid, Ciudad Nueva, 1992 (400?).

Los que han recibido de Dios, por medio de la Iglesia, la fe en Cristo, sean admitidos con ceremonias litúrgicas al catecumenado, el cual no es mera exposición de dogmas y preceptos, sino formación y noviciado convenientemente prolongado de toda la vida cristiana, con el que los discípulos se unen a Cristo, su Maestro. Iníciense, pues, los catecúmenos convenientemente en el misterio de la salvación, en la práctica de las costumbres evangélicas y en los ritos sagrados que han de celebrarse en tiempos sucesivos, y sean introducidos en la vida de la fe, de la liturgia y de la caridad del Pueblo de Dios (AG 14).

En la época preconstantiniana ese aprendizaje duraba unos tres años en Roma según San Hipólito y cuatro en Alejandría según Clemente⁷. Sólo en la decadencia del catecumenado después de declarar Teodosio el cristianismo como religión oficial del imperio en 381 al convocar el concilio de Constantinopla, se redujo la totalidad del proceso a una Cuaresma, empleada anteriormente sólo con los “competentes”, “elegidos” o “iluminados” (*fortizómenos*) para una preparación próxima que culminaba el largo proceso anterior. Las célebres catequesis de San Cirilo de Jerusalén, de San Juan Crisóstomo y de San Ambrosio no son cumbres del catecumenado, sino esfuerzos grandiosos por contrarrestar con calidad e intensidad en su decadencia la falta de tiempo para una maduración de la vida nueva exigida por el bautismo. Es normal que un proceso de estructura catecumenal de adultos dure varios años (RICA 7b).

Desde el Concilio Vaticano II la Iglesia está renovando su conciencia evangélica para superar un cristianismo de masas exterior y superficial, disonante con la necesidad actual de católicos por convicción en sociedades pluralistas, secularizadas y con sobreabundancia de información acerca de toda clase de maneras de vivir. La iniciación cristiana sería es derecho de bautizados y de no bautizados abiertos a la fe. Dice Juan Pablo II:

469

⁷ II Strómata 96, 2, cit Michel DUJARIER. *Breve historia del catecumenado*. Bilbao, Desclée de Brouwer, 1986 (1982), 48-51..

Desde el punto de vista teológico, todo bautizado por el hecho mismo de su bautismo, tiene el derecho de recibir de la Iglesia una enseñanza y una formación que le permitan iniciar una vida verdaderamente cristiana; en la perspectiva de los derechos del hombre, toda persona humana tiene derecho a buscar la verdad religiosa y de adherirse plenamente a ella, libre de toda coacción por parte tanto de los individuos como de los grupos sociales y de cualquier poder humano que sea, de suerte que, en esta materia, a nadie se fuerce a actuar contra su conciencia o se le impida actuar...de acuerdo con ella' (DH 2) (CT 14).

El contenido formativo de esta etapa no debe reducirse a instrucciones, porque tiene un carácter iniciático que involucra la totalidad de la persona. Los catequistas no deben considerarse ni ser preparados sólo como instructores, sino como formadores de personalidades cristianas. Iniciarse “en el misterio de la salvación” y “en la vida de la fe” significa un conocimiento doctrinal, una práctica moral y un crecimiento espiritual. Iniciarse “en la práctica de las costumbres cristianas” y “en la caridad del pueblo de Dios” agrega a la vida teológica y ética un centrarse en la caridad y una experiencia comunitaria de vida eclesial.

Esta catequesis debe partir de la experiencia religiosa existente en sus interlocutores. En cada país latinoamericano ella debe atender a la religiosidad popular, que suele ser diferente en cada región. La educación de la fe debe edificar sobre la fe ya existente y no suponer que se parte de cero; de lo contrario, se desestiman los cimientos y se desatiende la cultura religiosa.

San Agustín, en su afán por tocar los corazones en un proceso ya demasiado abreviado, introdujo tres “entregas” durante el catecumenado, que pueden solemnizar litúrgicamente momentos importantes de esta etapa, la más larga del proceso, y pueden darse sin un orden de precedencia obligatorio en los programas catecumenales: la entrega de los Evangelios, para destacar cómo la Palabra de Dios será en adelante la guía de los participantes; la entrega del Padrenuestro, para valorar la importancia de la oración en un proceso de gracia en que Dios tiene la iniciativa con sus llamados, promesas

y dones; y la entrega del Símbolo, para sintetizar finalmente en la confesión del Credo el compromiso con la fe de la Iglesia. A cada entrega (*"traditio"*) conviene que en el proceso corresponda de algún modo una respuesta (*"reditio"*) con que cada miembro del grupo manifiesta su crecimiento en algún aspecto de la vida cristiana.

En lugar de los exorcismos que abundaban en el catecumenado primitivo, se pueden organizar en esta etapa celebraciones penitenciales de la Palabra o del sacramento del Perdón para bautizados. Éstas pueden dar relieve al compromiso en el uso de los bienes materiales externos, en el uso del cuerpo y en el uso de la libertad en obediencia a Dios, para contrarrestar las tres tendencias al pecado que denuncia la Primera Carta de San Juan (1 Jn 2, 15s), y pueden encaminar hacia actividades de los participantes en servicio de los pobres, enfermos o presos, o hacia un compromiso de fidelidad conyugal.

La prolongación o abreviación de esta catequesis de iniciación depende del logro de su objetivo, que es estabilizar una vida de convertido a la fe cristiana. No se trata de exigir ya la santidad, de la cual ni los catequistas pueden presumir; pero sí una fe activa y constante, que el Directorio describe así:

La fe cristiana es, ante todo, conversión a Jesucristo (cf AG 13a), adhesión plena y sincera a su persona y decisión de caminar en su seguimiento (cf CT 5b). La fe es un encuentro personal con Jesucristo, es hacerse discípulo suyo. Esto exige un compromiso permanente de pensar como Él, de juzgar como Él y de vivir como Él lo hizo (cf CT 20b). Así, el creyente se une a la comunidad de los discípulos y hace suya la fe de la Iglesia (cf CEC 150.153.176) (DGC 53).

Hay un conflicto frontal entre la revelación de la salvación que en la Biblia tiende a aglutinar familias, comunidades y al pueblo de Dios con los demás pueblos, y el individualismo de la cultura contemporánea. Tan fuerte es el individualismo actual, que hasta el cristianismo es empujado a degenerar en una vivencia privada e individual, corrompiendo su sentido original:

Dios...ha querido que los hombres constituyan una sola familia y se traten entre sí con espíritu de hermanos...Por lo cual, el amor de Dios y del prójimo es el primero y el mayor mandamiento...Más aún,...cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la unión de los hijos de Dios en la verdad y en la caridad...demuestra que el hombre...no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás (GS 24).

El modelo trinitario de cohesión interpersonal es al mismo tiempo ejemplo de apertura al exterior, por el amor que define a Dios (1 Jn 4, 8.16) y lo lleva a comunicar a otros su vida eterna (Jn 3, 16). La catequesis ha de encaminarse a la gestación de comunidades de fe.

La catequesis está al servicio de la construcción de la Iglesia, cuya finalidad es trascendente y escatológica. Pero esta trascendencia no suprime sino que supone una acción benéfica de la Iglesia en el mundo, en cuanto promueve la verdad, la libertad, la dignidad humana, la fraternidad, la unidad y la esperanza. Los cristianos en la catequesis han de ir descubriendo el servicio que deben al mundo, más allá de su familia y de la comunidad eclesial, para ser coherentes con el mensaje evangélico de amor y de justicia. Han de reconocer que su fe no es auténtica, su familia no es cristiana y su noción de Iglesia es falsa si omiten el servicio a la humanidad por todos los medios a su alcance. A medida que maduran en la fe han de comprometerse con los derechos de todos, con los deberes ciudadanos, con un sistema económico solidario, con una cultura que favorezca la sabiduría y la santidad.

Una comunidad se caracteriza por la unidad en la diversidad. Esto lleva a destacar la dimensión vocacional que debe tener la catequesis de iniciación. San Pablo compara la Iglesia con un cuerpo donde distintos miembros tienen funciones diferentes (Rm 12, 4-8; 1 Cor 12, 4-30). La iniciación a la vivencia eclesial ha de dar la oportunidad de descubrir las vocaciones de los distintos adultos en la vida comunitaria actual.

Los apostolados en la comunidad eclesial son de cuatro clases, según los cuatro aspectos esenciales de la misión de Jesús:

1. *rey servidor* (Lc 1, 31-33; Jn 13, 12-17) para ejercer la diaconía de la caridad;
2. *profeta* (Lc 7, 16; Mt 21, 10s.46) y *maestro* (Mt 8, 19; 22, 16; 23, 8; Jn 3, 2) para anunciar y enseñar la palabra de Dios;
3. *pastor* (Jn 10, 1-16) para conocer, conducir, unir, alimentar y cuidar a la comunidad fomentando la koinonía;
4. *sacerdote* (Heb 2, 17; 4, 14s; 5, 1; 7, 26-28; 9, 14s.24.28; 10, 10.12) para ofrecer en la liturgia el sacrificio expiatorio como mediador e intercesor por los pecadores.

Estos cuatro aspectos de la misión eclesial están ejemplificados en la primitiva comunidad cristiana de Jerusalén: cumplían la diaconía cuando *“repartían el dinero según las necesidades de cada uno”*; la profecía, cuando *“conservaban la enseñanza de los apóstoles”*; la koinonía en cuanto *“estaban muy unidos y compartían sus bienes entre sí”*, y la liturgia cuando *“se reunían en el templo, y en las casas partían el pan y comían juntos con alegría y sencillez de corazón”*, es decir, celebraban la eucaristía (ver Hch 2, 44-47).

El proceso de despertar las vocaciones de servicio a la Iglesia y al mundo en alguno de los cuatro aspectos básicos de la misión favorece la integración de los participantes adultos en la comunidad eclesial. Eso encamina a “formar hombres y comunidades maduras en la fe”, finalidad de la Nueva Evangelización (DSD 26).

Encaminar al servicio de la sociedad concuerda con el plan de Dios descrito por el Concilio:

Fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente...La condición de este pueblo es la dignidad y libertad de los hijos de Dios, en cuyos corazones habita el Espíritu Santo como en un templo. Tiene por ley el nuevo mandato de amar como el mismo Cristo nos amó a nosotros (ver Jn 13, 34). Y tiene, en último lugar, como fin, dilatar más y más el reino de Dios, incoado

por el mismo Dios en la tierra... Este pueblo mesiánico, por consiguiente, aunque no incluya a todos los hombres actualmente y con frecuencia parezca una grey pequeña, es, sin embargo, para todo el género humano, un germen segurísimo de unidad, de esperanza y de salvación. Cristo, que lo instituyó para ser comunión de vida, de caridad y de verdad, se sirve también de él como de instrumento de la redención universal y lo envía a todo el universo como luz del mundo y sal de la tierra (LG 9).

El compromiso social es esencial al proceso catecumenal:

Puesto que, por la acción de la gracia de Dios, el nuevo convertido emprende un camino espiritual por el que, participando ya por la fe del misterio de la Muerte y de la Resurrección, pasa del hombre viejo al nuevo hombre perfecto en Cristo (ver Col 3, 5-10; Ef 4, 20-24). Trayendo consigo este tránsito un cambio progresivo de sentimientos y de costumbres, debe manifestarse con sus consecuencias sociales y desarrollarse paulatinamente durante el catecumenado (AG 13b).

El compromiso social requiere actitudes prácticas y no sólo convicciones humanistas. Por eso la catequesis, en cuanto proceso educativo, encamina en cada sesión a mirar críticamente algún aspecto del entorno sociorreligioso y propone, junto a las motivaciones evangélicas, actividades solidarias desde lo más interpersonal a lo más ampliamente social. Así favorece la madurez humana y cristiana de los participantes, sin limitarse a una enseñanza doctrinal que arriesgaría permanecer teórica.

Cuando los catequizandos hacia el final de esta etapa son considerados preparados para la vida sacramental, son elegidos para participar en una etapa más intensa, que normalmente ha sido la Cuaresma en la Iglesia primitiva, después de la cual ingresan estos elegidos a la vida litúrgica plena de la comunidad eclesial.

La iniciación en la vida litúrgica significa como mínimo una formación para la vida sacramental que dé su lugar apropiado al sacramento del Perdón y sitúe la eucaristía, especialmente dominical,

como “fuente y cumbre de toda la vida cristiana” (LG 11). El estado de gracia y comunión con Dios ha de sentirse como lo normal. Sin eso, no hay iniciación a la verdadera vida cristiana.

Los catequistas de adultos actúan como fiadores de los catequizandos en proceso catecumenal. Esto implica darles la formación apropiada para que ofrezcan su testimonio con humildad y transparencia. Personas muy sencillas de nuestros campos y ciudades pueden con la gracia de Dios y el apoyo formativo de la Iglesia desempeñar con excelencia esta misión

Las necesidades detectadas por nuestros obispos desde la conferencia de Medellín al Sínodo de América exigen que la catequesis de iniciación de adultos sea opción prioritaria en los próximos años en América Latina y el Caribe, para lo cual será necesario fortalecer las fórmulas existentes y crear otras nuevas.

3. A qué apunta una catequesis permanente de adultos

El concepto de catequesis permanente es postconciliar y está explicado en el Directorio General para la Catequesis.

El agente necesario es “una comunidad cristiana que acoja a los iniciados para sostenerlos y formarlos en la fe” (DGC 69). Puesto que muchas comunidades eclesiales de base están animadas por laicos o por laicas, los equipos diocesanos y nacionales de catequesis pueden colaborar en la formación de estos animadores como formadores en el crecimiento cristiano, como lo fueron Áquila y Priscila (Hch 18, 26).

El destinatario es el cristiano ya iniciado y también la comunidad que ha de crecer en comunión interna, apertura ecuménica y misión evangelizadora:

La educación permanente de la fe se dirige no sólo a cada cristiano, para acompañarle en su camino hacia la santidad, sino también en la comunidad cristiana como tal, para que vaya madurando tanto en su vida interna

de amor a Dios y de amor fraterno, cuanto en su apertura al mundo como comunidad misionera. El deseo y la oración de Jesús ante el Padre son una llamada incessante: "Que todos sean uno. Como tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros para que el mundo crea que tú me has enviado" (Jn 17, 21). Acercarse paulatinamente a este ideal requiere, en la comunidad, una fidelidad grande a la acción del Espíritu Santo, un constante alimentarse del Cuerpo y de la Sangre del Señor y una permanente educación de la fe, en la escucha de la Palabra (DGC 70).

El Directorio destaca en seguida la importancia de la homilía en la educación permanente de la fe. Muchas experiencias muestran que en nuestra Iglesia, a diferencia de las Iglesias evangélicas más organizadas de América Latina y el Caribe, este sector del ministerio de la Palabra es uno de los más descuidados en la preparación de los ministros ordenados. Este problema no compete a la catequesis.

El texto recién citado del Directorio parece reducir la apertura al mundo a una acción misionera. La Iglesia en América Latina y el Caribe, desde que ha hecho conscientemente la opción preferencial por los pobres, considera siempre en la apertura al mundo también el servicio al prójimo en todo lo que implica la promoción humana, porque considera parte de su misión el servicio al hombre. El documento final de la Conferencia de Santo Domingo se puede considerar como la carta magna de la promoción humana, tanto por su fundamentación en el proyecto de Nueva Evangelización (DSD 157-163), como por sus consecuencias expresas y virtuales (DSD 164-227).

Juan Pablo II al asumir la reflexión del Sínodo de América en la Exhortación Apostólica *"Ecclesia in America"*, incorpora con mucha fluidez en la descripción de la vida cristiana normal no sólo la fraternidad intracomunitaria sino también la solidaridad abierta al mundo. Además de dedicar un párrafo a la dimensión social de la conversión (EiA 27), la secuencia misma de capítulos del documento muestra la importancia de lo social en el proceso de ser cristiano: 1, El encuentro con Jesucristo vivo; 2, El encuentro con Jesucristo en el hoy de América; 3, Camino de conversión; 4, Camino para la

comunión; 5, Camino para la solidaridad; 6, La misión de la Iglesia en el hoy de América: la Nueva Evangelización.

El Directorio destaca varias formas de catequesis permanente:

1. “El estudio y profundización de la Sagrada Escritura leída no sólo en la Iglesia, sino con la Iglesia y su fe siempre viva” (DGC 71b). La lectura bíblica en la fe es una práctica común en las comunidades de fe, en los movimientos apostólicos y especialmente en los círculos bíblicos. Los equipos diocesanos y nacionales de catequesis pueden prestar un servicio en el “estudio y profundización de la Sagrada Escritura”, que no es tan frecuente.
2. *“La lectura cristiana de los acontecimientos, que viene exigida por la vocación misionera de la comunidad cristiana. Para hacer esta lectura, el estudio de la doctrina social de la Iglesia es indispensable, ya que ‘su objetivo principal es interpretar esas realidades (las complejas realidades de la existencia del hombre en la sociedad y en el contexto internacional), examinando su conformidad o disconformidad con lo que el Evangelio enseña”* (SRS 41; CA 5.53-62) (DGC 71c).

El Directorio es felizmente innovador al proponer “que la catequesis sepa iniciar a los catecúmenos y a los catequizandos en una lectura teológica de los problemas modernos”, para lo cual da orientaciones precisas inspiradas en el Concilio (ver DGC 16). No reduce la preocupación de la catequesis a aprender la doctrina social, sino que sitúa este aprendizaje en una capacitación y ejercitación para el discernimiento cristiano⁸, para lo cual deja más responsabilidad, iniciativa y creatividad a los

⁸ A menudo las encíclicas sociales y los cursos de doctrina social de la Iglesia parten de esquemas filosóficos, sociológicos y de ciencia económica, con algunos principios de teología especulativa, y no entran en la fe popular por falta de arraigo en una fe cristocéntrica alimentada con la sencillez y profundidad de la Biblia. En cambio, ver E. GARCÍA AHUMADA, F.S.C. *Catequesis social*. 2 tomos. Santiago, ONAC, 1981-1982. Y la serie *Sistemas Económico-Políticos*: 1. *Biblia y moral política*. 2. *Individualismo y capitalismo*. 3. *Socialismo y marxismo*. 4. *Sistemas militaristas*. 5. *Moral y democracia*. Santiago, ONAC, 1984.

fieles, que en la ya prolongada experiencia de las comunidades eclesiales de base ha mostrado su factibilidad.

3. *La catequesis litúrgica, que prepara a los sacramentos y favorece una comprensión y vivencia más profundas de la liturgia. Esta catequesis explica los contenidos de la oración, el sentido de los gestos y de los signos, educa para la participación activa, para la contemplación y el silencio. Debe ser considerada como 'una forma eminente de catequesis' (CT 23) (DGC 71d).*

Es mucho más corriente la catequesis sacramental que otras formas de catequesis litúrgica. Parece particularmente necesaria para enfrentar situaciones adversas que puede enfrentar la Iglesia, la educación de los fieles para celebrar expresivamente la vida con inspiración bíblica y vinculación a las tradiciones religiosas locales en pequeñas comunidades familiares e inter-familiares dotadas de conciencia eclesial local y universal.

4. “La catequesis ocasional que, ante determinadas circunstancias de la vida personal, familiar, eclesial y social, trata de ayudar a interpretarlas y vivirlas desde la fe” (DGC 71e). Esta forma muy oportuna de catequesis de adultos depende de la sensibilidad, lucidez e iniciativa de los catequistas, por lo cual conviene entrenarlos en estas capacidades.
5. “Las iniciativas de formación espiritual, que fortalecen las convicciones, descubren nuevas perspectivas y hacen perseverar en la oración y en los compromisos de seguimiento de Cristo” (DGC 71f). Los ejercicios espirituales o retiros y jornadas son procedimientos usados en catequesis como momentos intensos de reflexión y oración encaminados al compromiso personal con el Señor en uno u otro aspecto, que todos los catequistas han de saber organizar y realizar.
6. *La profundización sistemática del mensaje cristiano, por medio de una enseñanza teológica que eduque realmente en la fe, haga crecer en la inteligencia de la misma y capacite al cristiano para dar razón de su esperanza en el mundo actual (DGC 71g).*

Esta forma de aprendizaje teológico es la que facilitan los equipos diocesanos y nacionales de catequesis a través de institutos formadores, que no se limitan a impartir teoría teológica (*fides quae*), porque siempre promueven al mismo tiempo la actitud de fe (*fides qua*).

Todas las formas de catequesis permanente de adultos que son posteriores a la catequesis de iniciación, han de ponerse en relación con la situación religiosa del interlocutor y orientarse a la santidad. En efecto, la educación de la fe sólo puede considerarse terminada cuando se ha logrado la fe en su plenitud. Dice el Concilio: “Por la fe el hombre se entrega entera y libremente a Dios y le ofrece el homenaje total de su entendimiento y voluntad, asintiendo libremente a lo que Dios le ha revelado” (DV 5). Esta entrega libre y total a Dios repercute en todos los aspectos de la persona que son puestos a disposición de la gracia santificadora de Dios. Por eso dice el Directorio:

La fe lleva consigo un cambio de vida, una “metanoia” (cf EN 10; AG 13b; CEC 1430-1431), es decir, una transformación profunda de la mente y del corazón: hace así que el creyente viva esa ‘nueva manera de ser, de vivir, de vivir juntos, que inaugura el Evangelio’ (EN 23). Y este cambio de vida se manifiesta en todos los niveles de la existencia del cristiano: en su vida interior de adoración y acogida de la voluntad divina; en su participación activa en la misión de la Iglesia; en su vida matrimonial y familiar; en el ejercicio de la vida profesional; en el desempeño de las actividades económicas y sociales (DGC 55a).

Este párrafo no es exhaustivo, ya que no menciona las actividades políticas ni tampoco las actividades culturales renovadoras tales como la filosofía, las ciencias, las artes y las técnicas. Además de las formas nombradas de catequesis de adultos posteriores a su iniciación cristiana, la escolarización creciente de América Latina y el Caribe exige incorporar en la reflexión eclesial una iluminación de la relación entre la fe cristiana y la ciencia⁹, la fe y las artes plásticas, literarias y

479

⁹ Ver E. GARCÍA AHUMADA, F.S.C. *Ciencia moderna y fe católica*. Santiago, Tiberíades, 1999.

kinéticas, la fe y la técnica, la fe y la filosofía, que serán aportes renovadores importantes en la catequesis de adultos¹⁰. En esto los catequistas habrán de dialogar y cooperar con cristianos que sean filósofos, científicos, artistas de diversas áreas, técnicos de la industria, el comercio, la medicina, el derecho y otras ramas del hacer humano. No se trata de limitarse a una ética de estas actividades, sino de vincularlas con el misterio de Cristo, alfa y omega de la creación, para desentrañar el sentido que tienen, en una contemplación de fe, y descubrir cómo pueden ser medios de santificación.

¹⁰ Propongo orientaciones para establecer esa relación en la escuela en: *Educación la fe mediante las disciplinas escolares*, "Catechicum" 2 (1999) 83-96. Esas sugerencias pueden ayudar en el ámbito extraescolar a plantear la relación entre fe y cultura a adultos que ejercen profesiones científicas, artísticas, técnicas o la filosofía.